



O. C. tomo X

MI VISIÓN PRIMERA DE MEJICO

Poético, verdaderamente poético, no es sino aquello que atesora pasado, lo que ha vivido y viviendo venció al dolor, lo que ha sufrido y sufriendo venció á la vida. A nuestras mismas previsiones del porvenir las vestimos con hermosura del pasado; es con los recuerdos con que construimos las esperanzas.

Y en nuestra pobre y corta vida sólo tiene raíces de poesías lo que arraiga en la frescura de nuestras impresiones infantiles. De la capa de niñez de nuestro espíritu toman savia nuestras visiones de consuelo.

Y Méjico, ese Méjico lejano, se pierde para mí, y al así perderse, se me agiganta en las brumas del alba de mi vida, cuando era el sol de mi conciencia un sol recién nacido.

Mi buen padre fué lo que en mi tierra llaman un indiano. Salió jovencito de Vergara, su pueblo natal, y se fué á Méjico en busca de fortuna. Residió en Tepic. Y á su vuelta á mi país vasco casó y de este casamiento nací hace ya cuarenta y dos años. Y luego se murió mi padre dejándome huérfano á mis seis años.

De él apenas recuerdo; son inútiles mis esfuerzos para coger su imagen viva; no lo veo sino en retratos. Sólo tengo un recuerdo que quiero contar.

Un día logré colarme en la sala de casa, una sala de respeto, con cuadros representando escenas del antiguo testamento —aún veo á Moisés sacando agua de la roca— y con bolas de espejo, y en aquella sala estaban mi padre y un industrial francés hablando en la lengua de éste, y de cuán grande debió de ser la impresión que me produjera oír hablar á mi padre en lengua para mí extraña, atestiguan el hecho de que no logro represen-

tármelo sino en aquel momento. Debí de ser para mí algo como la revelación del misterio de la palabra.

Mi padre dejó una modesta biblioteca, en la que apacenté mi espíritu infantil.

Y dejó no pocos objetos que recordaban á aquel Méjico lejano donde pasó su juventud, y de que oía yo hablar á menudo en casa.

Durante mucho tiempo ha servido de sobremesa en mi casa paterna, un precioso poncho mexicano, de fino estambre y finos colores, recio y flexible.

Hay dos fisonomías que me son familiares desde que empezaron á grabarse en mi mente las caras de los hombres, y son el rostro barbudo de Abraham Lincoln, con su aspecto cabruno, y el rostro lampiño del indio Juárez, de quien oí decir no poco. Uno y otro seres místicos para mí, que se codeaban con los patriarcas de que el *Flauri* (Fleury) nos habla.

Por singular coincidencia llegó á Bilbao, siendo yo un muchachuelo, una colección de figuras de cera de que me ha quedado imborrable recuerdo. Y de ella lo que más hirió mi imaginación fué el cuadro de la tragedia de Querétaro, Maximiliano, Miramón y Mejía, de rodillas y con los ojos vendados, en el momento de ir á fusilarlos. Fué acaso mi primera lección de historia. Y en casa oí relacionar aquel cuadro tétrico, con el impasible rostro lampiño del indio Juárez.

He dicho que mi padre dejó al morir una modesta biblioteca. Eran pocos los libros, pero no mal escogidos. Y una buena parte de ellos provenían de Méjico, de donde los trajo al volver á su tierra nativa.

Allí había una *España pintoresca*, editada en Méjico, en cuyos grabados apacenté mis ojos ávidos de curiosidades. Allí se representaban tipos de las distintas regiones españolas, y aún recuerdo el prestigio de lejana extrañeza que envolvía

á los armuñeses, pongo por caso. Los tales armuñeses, aparecíanseme algo así como los madianitas bíblicos, y no fué pequeña mi impresión cuando al venir á esta ciudad de Salamanca me encontré, á sus puertas mismas, con armuñeses de

15
15
15



carne, vivos y verdaderos. ¡Quién había de decirme en aquella edad de milagros, que llegarían tiempos en que paseara á diario hasta dar vista á la llanada de la Armuña.

Entre aquellos libros había también una colección de poetas mexicanos, románticos todos, de versos lagrimosos llenos de palabras agudas y esdrújulas. Las llanas les disonaban, parece. Y había, sobre todo, entre aquellos libros —y allí está todavía, en casa de mi madre, en Bilbao— un ejemplar de la Historia antigua de México del P. Clavigero, empastado, aunque á la moderna, en pergamino. Y siendo un muchacho de doce años, me engolfé en su lectura.

¡Qué extraño desfile por mi espíritu fresco y virginal el de aquellos aztecas, toltecas y chichimecas! ¡en qué áurea nube de misterio y de fábula antigua venían envueltos en su marcha desde la leyenda hacia mi! Sabíame á algo bíblico, como los madianitas, amorreos ó filisteos.

¡Cuántas noches me engolfé en los relatos del buen padre respecto á los sacrificios al sol, y en las leyendas de los viejos dioses mexicanos! Cuando más tarde, siendo ya hombre, vi en la oda imperecedera de Carducci levantarse rodeado de llamas lívidas, sobre su pirámide, en las tinieblas tropicales, el dios Huitzilopochtli aullando á través del mar aquel terrible ¡ven! al miedo de Carlos V, de Hapsburgo, parecía surgir de las nieblas cándidas de mi primera juventud.

Y aquellos grabados! aquellos jeroglíficos sobre todo! Cuántas veces, al cansarme de leer, no los dibujé durante mis ve-

las, mientras dejaba de lado los textos de estudio! Llegué hasta pensar en adoptar el antiguo calendario mejicano, porque el nuestro, este que usamos, es tan conocido. . . .! Y en lo que pensé *seriamente*, fué en adquirir libros á propósito y aprender el azteca. A los doce años. . . .! Y menu-do pisto que me hubiere yo dado con ello. Porque francés, inglés, italiano y hasta caló sabía cualquiera, pero. . . . azteca!

Más tarde aprendí algo de uno de los lenguajes de los indigenas de la Australia occidental.

Estos peregrinos conocimientos en la historia precolombina de Méjico, unidos á otros no menos peregrinos que me procuraba llevado de mi curiosidad por lo recóndito y extraño, contribuyeron, sin duda, no poco á la fama de raro de que ya por entonces empezaba á gozar entre mis compañeros de escuela. Y en las continuaciones á las novelas de Julio Verne, que improvisaba yo los domingos lluviosos y con las que entretenía á mis compañeros en la escuela, no faltaron prodigiosas aventuras en el Anáhuac, y feroces

combates de mis errantes héroes con aztecas, toltecas y chichimecas, con todo el colorido local que el buen P. Clavigero me proporcionaba.

Era una edad en que disfrutaba de la alegría de contar; la profesión no me la había aún marchitado. Mi imaginación respiraba libre, sana y al aire abierto de la fábula.

Y hoy, cuando leo cosas referentes á Méjico, y sobre todo, á su antigüedad, envuélvenseme en perfumada bruma de primera juventud, y por debajo de mi lectura suenan como acordes de lejanas armonías, los ensueños de mis doce años, de aquella bendita edad en que eran uno la historia y la leyenda, y en que rizaban las aguas de mi espíritu brisas del oriente de los misterios.

Así es como mi padre me trajo de esa tierra en que aprendió á trabajar y á vivir, una fuente de extraña poesía, y así es como las raíces de mi visión de Méjico, se entrelazan con las raíces de mis primeros ensueños.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 14-I-1907.

